

El 400 aniversario de la primera academia científica moderna



La ciencia no es obra de un solo genio ni de una sola escuela, sino de una labor colectiva. Importantes estudios, descubrimientos y publicaciones, nacidos de las diversas academias científicas a lo largo de la historia, dan prueba de ello.

Alfredo de Micheli

A partir del segundo cuarto del siglo XVI comenzaron a surgir en toda Italia pequeñas academias estructuradas más o menos según un mismo plan. Al nombre de la academia se le unía su divisa o *impresa*, escogida con gran cuidado y profunda erudición. No sólo cada academia tenía su nombre y su divisa, también cada miembro llevaba su nombre académico especial y su propia divisa. Éstos debían expresar las aspiraciones e intenciones individuales y su simbolismo había de relacionarse con el de la academia a la que pertenecían (Yates, 1991). De acuerdo con la opinión general, la de los *Intronati* (aturdidos) de Siena, fundada en 1525, fue la primera academia regular de nombre simbólico.

LAS ACADEMIAS CIENTÍFICAS

Por lo que atañe a las academias científicas, debe tenerse presente que la primera se constituyó en Roma el 17 de agosto de 1603, con el nombre de *Accademia dei Lincei* (Academia de los Linceos) para el estudio de las ciencias naturales. La crearon cuatro jóvenes, cuyas edades se situaban entre 19 y 21 años, adoptando como *impresa* (emblema) el linceo. Esto revela el doble propósito de esforzarse por alcanzar el perfecciona-

miento tanto moral como científico. Los miembros fundadores eran tres naturalistas y un médico. Los nombres reales de los naturalistas eran: Federico Angelo Cesi, *princeps* (presidente de la corporación), Francesco Stelluti y Anastasio de Fillis. El médico era el doctor Jan Eck, originario de Deventer en los Países Bajos. Más tarde se les unieron científicos de renombre internacional como Giambattista della Porta, inventor de la cámara oscura, en 1610 (quinto linco) y el propio Galileo en 1611 (sexto linco). Después se incorporaron otros como el francés Fabri de Peiresc, descubridor de los vasos quilíferos en el hombre, hasta alcanzar el número de 32. La Academia se hizo cargo de la publicación del opúsculo sobre las manchas solares y de *Il Saggiatore* (*El ensayador*) de Galileo (Galileo, 1623), quien se definió Académico Linceo en todos sus libros. Se encargó también de las publicaciones de otros académicos, por ejemplo *Ecphrasis*, del naturalista Fabio Colonna (Colonna, 1616), quien logró identificar la *Phy* de Dioscórides con la *valeriana officinalis*. A su vez, Cesi elaboró con Eck (Eckio) el ensayo *De plantis imperfectis* (Sobre las plantas imperfectas), en el que estudiaron y dibujaron hongos y otros vegetales, y presentaron incluso observaciones microscópicas.

OTRAS PUBLICACIONES DE LA ACADEMIA

Pese a que las *Prescriptiones Lynceae*, es decir, los estatutos, no se publicaron hasta 1624, ya existían reglas escritas con ese fin desde los inicios de las actividades de la corporación. Las *Gesta Lynceorum* (acta) fueron la primera publicación de este tipo.

Parece oportuno recordar que la Academia de los Linceos patrocinó la edición de un compendio de los apuntes del promédico Francisco Hernández (Hernández, 1651), elaborado en Madrid por el médico italiano Antonio Nardo Recco o Recchi, egresado de la otrora famosa Escuela Médica de Salerno. La obra incluye las primeras trece *Tabulae Phytosophicae* de Federico Cesi (primer intento de clasificación de los vegetales) y varios grabados europeos, que pretendían ilustrar la flora novohispana. El volumen se imprimió casi completamente por 1628, pero sólo en 1651 pudo salir a la luz gracias al apoyo económico del entonces embajador de España ante la santa sede, don Alfonso Turriano. De hecho, la Academia de los Linceos tuvo que interrumpir sus actividades oficiales en 1630 a causa de la muerte de Cesi. Revivió en Rimini de 1745 a 1755 y se reconstituyó definitivamente en 1801 en Roma. Desde entonces y hasta nuestros días ha desarrollado una actividad regular y continua publicando sus propios periódicos.

La Academia de los Linceos se hizo cargo de la publicación del opúsculo sobre las manchas solares y de *Il Saggiatore* (*El ensayador*) de Galileo (Galileo, 1623)



El naturalista Federico Cesi (1585-1630), miembro fundador y primer presidente de la Academia de los Linceos.

OTRAS ACADEMIAS DEL SIGLO XVII

La semilla sembrada por dicha academia no cayó en terreno infecundo. Años después de su extinción, surgió la florentina *Accademia del Cimento* (Academia de la prueba rigurosa), inaugurada el 18 de junio de 1657, bajo el patrocinio del príncipe Leopoldo de Medici, hermano del gran duque de Toscana Ferdinando II. Tuvo ésta una vida breve (diez años) pero intensa y ostentó el lema *Provando e riprovando* (con prueba y contraprueba), tomado de un verso del Dante (Alighieri, *La Divina Commedia*, edición de 1991). Integraban esta corporación distinguidos científicos italianos y extranjeros. Entre ellos figuraban el fisiólogo Giovanni Alfonso Borelli, autor del tratado *De motu animalium* (sobre el movimiento de los animales) y prócer de la corriente iatromecánica en Italia, el médico poeta Francesco Redi, el anatomista y fisiólogo danés Niels Stensen (Nicolás Stenón), el matemático Vincenzo Viviani y el físico Lorenzo Magalotti. Este último, secretario de la academia, redactó en 1667 los *Saggi di naturali esperienze* (Ensayos experimentales de ciencias naturales), que son las actas de la corporación (Antonetti, 1989).

Cabe mencionar, de pasada, que también en el diálogo platónico “Teetetes”, encontramos el

aserto de que la ciencia consiste en el “juicio documentado por la prueba” (Platón, 1989).

ACADEMIAS POSTERIORES NO ITALIANAS

Tiempo después se crearon nuevas grandes academias científicas como la *Royal Society* de Londres, constituida en 1660 y reconocida oficialmente en 1662, y la *Académie Royales des Sciences*, establecida en París en 1666, cada una con sus propias publicaciones. Hacia fines del siglo XVII, reconocía Leibniz que la ciencia no es obra de un solo genio ni de una escuela determinada, sino de una labor colectiva.

Amerita recordar que la primera academia científica novohispana fue la Academia médico-quirúrgica de Puebla, mencionada en documentos de 1802.

En conclusión, todas las antiguas academias han preparado el terreno para las pujantes academias modernas, como nuestra benemérita Academia Mexicana de Ciencias.

Bibliografía

- Alighieri, D. (edición de 1991), *La Divina Commedia. Paradiso*. III, v. 3. Milán, U. Hoepli, pág. 387.
- Antonetti (1989), *Histoire de Florence*, París, PUF, p. 99.
- Colonna, F. (1616), *Ecphrasis*, Roma, Giacomo Mascardi.
- Galilei, G. (1623), *Il Saggiatore*, Roma, Giacomo Mascardi.
- Hernández, F. (1651), *Rerum Medicarum Novae Hispaniae Thesaurus*, Roma, Vital Mascardi.
- Platón (edición de 1989), *Diálogos. Teetetes*, México, Porrúa, págs. 295-349.
- Yates, F. A. (1991), “Las academias italianas”, en *Ensayos reunidos*, II. (traducción de T. Segovia), México, Fondo de Cultura Económica, págs. 23-61.



Alfredo Alessandro de Micheli Serra es médico especializado en medicina interna y cardiología, doctor en ciencias médicas (cardiología) por la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), investigador del Instituto Nacional de Cardiología “Ignacio Chávez” y del Sistema Nacional de Investigadores. Es profesor titular de la Facultad de Medicina de la UNAM, miembro de la Academia Nacional de Medicina y de la Academia Mexicana de Ciencias. Es autor o coautor de numerosos artículos publicados en revistas nacionales e internacionales, artículos de enseñanza y capítulos en libros. Trabaja en el Instituto Nacional de Cardiología “Ignacio Chávez” desde 1957 y para la Facultad de Medicina de la UNAM.
archivos@cardiologia.org.mx